

Veinte años con Lecter

Leda Rendón

Pocos personajes literarios o cinematográficos de la cultura contemporánea han logrado alcanzar una forma arquetípica como el doctor Hannibal Lecter. Este personaje de profunda erudición y excelente gusto es el Drácula de nuestro tiempo, la manifestación presente del doctor Jekyll y Mr. Hyde.

El silencio de los inocentes se estrenó con éxito arrollador en 1991. Sus protagonistas Anthony Hopkins y Jody Foster obtuvieron el Oscar por sus interpretaciones. Además, se hizo acreedora a otros tres premios de la Academia incluyendo el de mejor película. El filme relata la historia del rapto de una mujer por alguien a quien apodan Búfalo Bill que se sabe ha cometido varios asesinatos de jovencitas. Para rescatarla, Clarice Starling (Foster) busca el consejo de Hannibal Lecter (Hopkins) que está encarcelado bajo las más estrictas medidas de seguridad.

El novelista norteamericano Thomas Harris, autor de libros llevados a la pantalla como *Domingo negro*, ha desarrollado al personaje de Hannibal Lecter en una saga compuesta por cuatro novelas de diferente factura y calidad que han sido llevadas todas al cine: *El dragón rojo*, *El silencio de los inocentes*, *Hannibal* y *Hannibal. El origen del mal*. La primera se llevó al cine por primera vez en 1986 por Michael Mann bajo el título de *Manhunter*.

Harris, en un golpe de genio, engendró a un personaje cúspide y miseria de la cultura contemporánea. Tuvo el acierto de ubicar a Lecter en un universo poblado de seres despreciables y terribles. No sólo es Hannibal un ser extraordinario, también lo son su perseguidor, quien para capturar a un psicópata debe de convertirse en él; y la agente Clarice Starling, némesis y pareja mítica. Debajo de todo su repertorio de crueldad se esconde una fábula moral: para perse-



Anthony Hopkins como Hannibal Lecter, *El silencio de los inocentes*, 1991

guir al crimen hay que ser en cierta forma, también, un criminal. La fascinación que ejerce Lecter sobre nosotros proviene tanto de la sordidez de su universo como de su capacidad de convertir al mal en una forma de poesía. Es por eso que generaciones de lectores y cinéfilos lo siguen hasta en versiones de mediana calidad como *Hannibal Rising*, película que retrata su infancia y adolescencia también escrita por Harris.

La verdadera maldad en Lecter se encuentra en el mundo capaz de engendrarlo. De esta forma se erige como un personaje típicamente romántico. Al encarnar al mal en su estado puro actuará por oposición en una suerte de dialéctica perversa. La mayéutica de Lecter permite que los lectores-espectadores saquen sus propias conclusiones. El mal no se encuentra acaso en este personaje fantástico, a fin de cuentas no hay nada glamoroso en el crimen. Los asesinos suelen ser gente estúpida incapaz de devorar a sus víctimas con un buen *Chianti* mientras lee a Dante con la sensibilidad de un artista. El verdadero mal se encuentra, si-

guiendo a Freud, en *El malestar en la cultura*, en los cuerpos policiacos, en la corrupción de las instituciones, en una cultura que iguala al crimen con el gran arte.

El asesino, mezcla de buen gusto e inteligencia, fue planteado extraordinariamente por Alfred Hitchcock en *La soga* (1948). La aportación de Jonathan Demme en *El silencio de los inocentes* es dotar a Lecter de un deseo de sangre primitivo. Vemos la repetición del arquetipo Lecter en *Copycat* (Jon Amiel), *Seven* (David Fincher), *Funny Games* (Michael Haneke), *Desde el infierno* (hermanos Hughes) y *Ríos de color púrpura* (Mathieu Kassovitz), por mencionar los ejemplos más destacados. En *El silencio de los inocentes* asistimos a la hipóstasis del género de *serial killers* como alguna vez lo fuera *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* para los libros de caballería. Finalmente, como el Mefistófeles del *Fausto* de Goethe, Lecter parece decirnos desde su golosa y fascinante maldad: “soy esa parte que practica el mal pero que busca el bien”... **U**